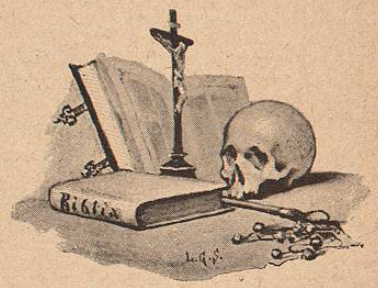
***

El noble mancebo D. Juan de Ponce, en quien tomó cuerpo la calumnia y la bajeza para perder á D.ª Beatriz de Silva, la que por él siempre pedía al cielo, halló gloriosa muerte peleando contra los infieles en la vega granadina durante los preliminares de la toma de Alhama, á las órdenes del nunca bastante ponderado por su valentía y caballerosidad D. Diego Ponce de León, marqués de Cádiz.

¡Acaso los ruegos y oraciones de aquella á quien tanto daño había hecho, llegando al cielo, le depararon tan honrosa muerte!



IX

## Procesión de antaño

La multitud se apiñaba dentro de la catedral, con verdadera irreverencia. Hombres y mujeres, niños y ancianos, se apretaban y codeaban entre sí, elevándose sobre las puntas de los pies, para ver mejor la abierta puerta por donde había de entrar la procesión.

En las naves de la imponente iglesia, paseaban silenciosas varias personas de las más ilustres de Toledo; alguna anciana mascullaba sus rezos postrada de hinojos ante un altar que iluminaba triste lamparilla. Los pertigueros con sus lujosas vestiduras de seda los unos, con su ropón de terciopelo y paño encarnado los otros, golpeaban el pavimento con las pértigas ó varas de plata, avisando en esta forma al irreverente que pretendía pasar por el espacio comprendido entre la Capilla Mayor y el coro. Algún clérigo retrasado caminaba apresuradamente hacia la sacristía, en tanto que un grupo de frailes de los que no tenían cabida en la procesión, esperaban la llegada de ésta con el libro de rezos en la mano, leyendo y meditando acerca del sublime hecho que redimió al género humano.

Las capillas de la iglesia primada estaban desiertas; el silencio que en ellas había era profundo, la obscuridad casi completa, pues sólo iluminaban el templo los débiles rayos del sol poniente que penetraban por las artísticas vidrieras de colores, que no estaban ocultas por los paños del monumento. Todo era, pues, silencio y obscuridad en el templo, y sólo se oía el ruido producido por las gentes que esperaban la llegada de la comitiva.



La procesión, en tanto, seguía la carrera ocupada por los vecinos de la imperial ciudad, y muchos de otras regiones de España, y aun extranjeros, que habían acudido á presenciar las sagradas ceremonias de Semana Santa, nunca con tanto lujo y esplendor celebradas como en aquel año, que lo era el 1772. La causa de tanta concurrencia, no era otra que el deseo que tenían propios y extraños de conocer al cardenal que en aquellos momentos gobernaba la diócesis, el nunca bastantemente celebrado D. Francisco Antonio Lorenzana, que poco antes había tomado posesión de la mitra, precedido de tan gran fama de saber, como de buen gusto artístico y caridad sin medida. Aún no había tenido ocasión de presidir ninguna ceremonia, y la que en aquella tarde se celebraba, fué la primera á que asistió, y por tal,

la primera ocasión que tuvieron la generalidad de los habitantes de Toledo para conocerle.

Conforme pasaba la comitiva, muchos corrían por laberínticas callejuelas y dando largos rodeos para presenciar nuevamente la procesión durante la vuelta que en la catedral daba, aumentándose por este modo, el apiñado grupo que, no sin dar muestras de impaciencia, esperaba largo tiempo antes.

Un gran murmullo se dejó oir; era la procesión del Santo Entierro, que de tiempo inmemorial salía de la parroquia de Santa Justa.

Por las solitarias y silenciosas naves comenzó su marcha. ¡Qué indescriptible efecto producía á los que, escondidos en obscura capilla ó apoyados en los elegantes pilares, presenciaban aquel fantástico espectáculo, en completo mutismo, sin otro ruido que el que producían al caminar los pies y las alabardas al arrastrar, todo repercutido en las altas bóvedas! Las negras vestiduras y las altas caperuzas que ocultan completamente el rostro de los *capuces*, que



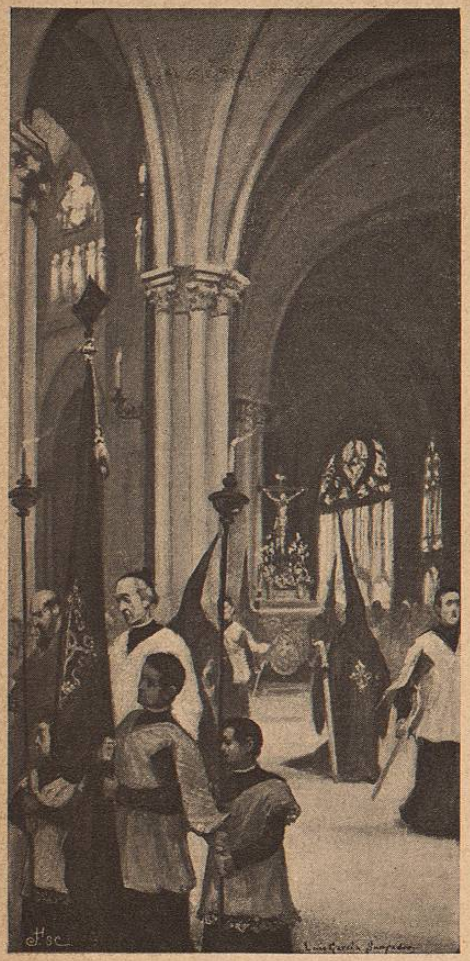
llevaban luces en la enguantada mano; las valiosas vestiduras, las blancas y rizadas sobrepellices de los sacerdotes; los hábitos toscos de distintos colores de los numerosos frailes y penitentes con la capucha echada sobre la cabeza y las manos ocultas entre las anchas mangas, semejan fantásticos seres y no parece sino que se asiste en sueños á días de pasadas edades.

Aquel año, como queda dicho, celebrábase la procesión del Santo Entierro con inusitada pompa.

Buen golpe de sacerdotes acudían al acto, y muchos frailes de las distintas órdenes que en Toledo vivían rodeaban las andas que algunos de ellos en hombros conducían, en las cuales se presentaban, no con muy buen gusto artístico, ciertamente, los distintos episodios de la sublime epopeya cristiana. Precediendo á la urna en que se simula descansando el cuerpo de Cristo, y como dándole guardia de honor, *los armados,* con sus relucientes y antiquísimas armaduras y sus elegantes cascos, marchaban con sus picas, lanzas y alabardas arras-

trando el regatón é inclinadas en señal de duelo; todos ellos, mandados por un capitán y precedidos del alférez con la bandera arrollada, llevada en la misma forma que las picas. Luego, entonando sus salmos y preces, el cabildo, compuesto de canónigos, dignidades, racioneros y capellanes de Reyes y Muzárabes, detrás el cardenal Lorenzana, con su seráfica expresión y su andar acompasado y grave, revestido de pontifical, dejando ver la roja sotana por bajo de la bordada y riquísima capa pluvial de tanto valor material como artístico, bendiciendo con paternal cariño al pueblo prosternado de hinojos al paso del príncipe de la Iglesia.

Los curiosos cruzaban en todas direcciones con objeto de ver una vez más la silenciosa comitiva, la cual, perdiéndose á lo lejos, con las luces reflejando en las bruñidas armaduras, los negros ropones, las diversas notas de color de los trajes, parecía una fúnebre fantasía; como si los magnates de la Iglesia y de las armas que en la catedral descansan, hubieran arrojado las enormes losas que cierran sus sepulturas, y saliendo de las



capillas en que están situadas caminaran en cumplimiento de algún voto, ó como evocaciones de algún genio.

***

El ruido era cada vez más lejano; poco á poco fueron saliendo de la catedral todos aquellos que, momentos antes, se codeaban y apretaban para ver mejor la procesión que venía. No tardó en quedarse el templo completamente solitario. Unicamente las estatuas yacentes sobre los viejos sarcófagos, con la estabilidad de la piedra, permanecían en sus sepulturas. Las tinieblas eran completas; la luz no lograba abrirse paso en las altas ventanas. A poco, aquel misterio, aquella indescriptible y sublime emoción que en el alma causaba tanta belleza como la catedral presenta al declinar la tarde y cuando la noche comienza, fué interrumpida por un ruido metálico desagradable, siempre precursor á la clausura del templo, que, al cerrar sus puertas, guarda en su recinto los alientos de la apiñada multitud.

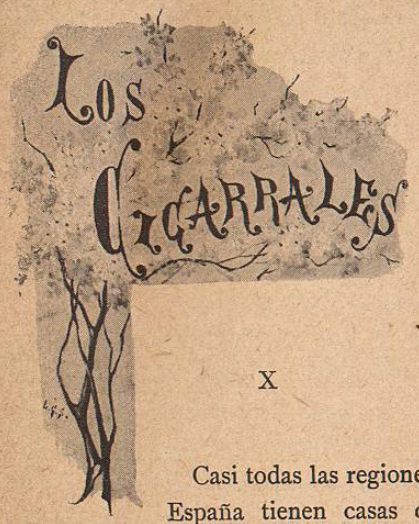


Era el llavero que se disponía á cerrar las puertas de la catedral.

***

Pasados algunos momentos, y de regreso la procesión en la iglesia de Santa Justa, situada en la calle del mismo nombre, casi todos los que en uno ú otro sitio presenciaran su paso, animaban con sus conversaciones y paseos el célebre Zocodover, donde era costumbre este día en el siglo pasado terminar la tarde, luciendo allí su celebrada hermosura las toledanas y sus donaires los mancebos

que arrastraban los manteos por las aulas de Toledo, ó se dedicaban á distintas profesiones, en cuyo grato paseo permanecían hasta el toque de oraciones, oído el cual, los paseantes se disgregaban en distintas direcciones, encaminándose á sus respectivos domicilios, en los cuales se encerraban y de los que no salían hasta las primeras horas del sábado de Gloria.




X

Casi todas las regiones de España tienen casas campestres rodeadas de flores, escondidas entre la espesura, bajo la sombra de elevados árboles, y las más de ellas lamidas por cristalino arroyo ó tranquilo riachuelo. Allí, los que habitan la ciudad acuden en determinados días, cuando la lucha de la vida moderna se lo permite, para pasar unas horas de asueto respirando el oxígeno que en las poblaciones falta y admirando la esplendidez de la naturaleza, ora las esbeltas flores en las

mañanas primaverales, ora buscando la sombra entre las asperezas en las tardes estiales. Reúnense en tales fincas los días de placer cuando se necesita solemnizar algún acontecimiento importante en la familia, y se oyen por doquier las risas de bellas mujeres unidas á las ingeniosas frases de los hombres y el júbilo rebosa por los semblantes de cuantos gozan de tales expansiones.

Fincas de recreo, jardines esmeradamente cultivados, casitas blancas de liliputienses proporciones, flanqueadas por ventanas cubiertas de enredaderas y de madreselva y puerta defendida por añosa parra, reciben nombres diferentes según las regiones, y son en la vieja Castilla las *Riberas*, en Aragón las *Torres*, en Andalucía los *Cármenes*, en Valencia las *Alquerías*, en la parte occidental las *Granjas* y en Toledo los *Cigarrales*.

En todas las fincas de recreo cuyas denominaciones preceden, existen bellezas, ya naturales, ya producto de perseverante trabajo; mas las de los *cigarrales* no pueden compararse á ningunas. Los *cigarrales* son ellos solos en España



para comprender sus encantos es preciso estar en Toledo; visitar minuciosamente alguno de ellos; contemplar esa pétrica muralla que rodea la imperial ciudad, haciendo *pendant* al río; ver esos prodigios de cultivo en la roca pelada sobre la que levantan sus descarnados brazos los almendros, y su siempre triste verdura los olivos; admirar las perspectivas que se descubren desde los elevados cerros en que tiene su asiento; hojear su historia; oir sus tradiciones; imaginar las hermosuras de diversos orígenes, de distintas religiones, de diferente sangre que habrán paseado arrogantes y amadas por las peladas rocas y entre las flores de los *cigarrales;* recordar las terribles tragedias en ellos acaecidas; fingir la presencia de tanto poeta y tanto sabio como en las soledades de retirados *cigarrales* elaboraron prodigiosos poemas, tiernas poesías, maestras obras de ciencias, inmortales libros de historia. Sólo así podrá formarse idea de lo que han sido y son las fincas, donde los toledanos esparcen su ánimo y dan paz á su espíritu, contemplando, por una parte, la ciudad de

los concilios, por otra la esplendente vega bañada por el Tajo, hasta perderse allá en el horizonte, y el azul purísimo del cielo, desde el que envía radiante sus dorados rayos el sol.

Aparte de las bellezas que los *cigarrales* toledanos encierran, de las mil preciosidades que en perspectiva se divisan desde ellos, han tenido excepcional importancia, para cuanto con las artes y las letras de la imperial ciudad y de España misma se relaciona. Mansiones de placer, retiros ideales, puntos de reunión, según hemos dicho antes, en los días de placer para la familia ó la amistad, celebrábanse en ellos animadas, discretas é ingeniosas diversiones; improvisábanse allí sobre el mullido césped, entre las flores de diversos colores, tiernas escenas, sencillos idilios, debidos al ingenio de ilustres poetas que más de un día dieron de gloria á su patria, Toledo, é inspirados músicos, escritos, verso y música para representarse durante las calurosas siestas en el pintoresco *cigarral,* bajo añosos árboles que prestaban fresca sombra, en cuya representación



tomaban parte las personas más distinguidas é ilustradas de Toledo.

Mas aquellas fiestas, en las cuales era á porfía el intento de los dueños de los

*cigarrales* por obsequiar á sus huéspedes, hasta el punto de ser proverbial en los anales de la galantería la que ellos demostraban, reunían un carácter marcadamente literario. Allí las más ilustres notabilidades se reunían y celebraban sabrosas pláticas, reñidos torneos poéticos; allí también las cuestiones literarias tenían acabada

discusión, en las cuales se anatematizaban los procedimientos de ogaño puestos en práctica por los Lope de Vega, los Tirso de Molina, y tantos otros; allí, los poetas, rendían culto á las musas en el idioma del Lacio, y para que nada faltara, no se celebraba una fiesta sin que la hubiera notable de comedia, representándose, ora en el jardín, teniendo por techo el azulado cielo tachonado de estrellas, (pues esta fiesta ponía término á las del día) y sobre la verde grama, ora dentro de la misma casita, cuantas notables comedias, entremeses y loas estrenaban en los coliseos de la villa de Madrid, los más famosos comediantes que á la sazón existían.

¡Qué encantos laberínticos de letras ingeniosas! ¡Qué maravillas de invención para esparcir el ánimo se verificaban sobre las tranquilas aguas del Tajo, llenando de admiración á cuantos presenciaban semejante espectáculo, ya fueran personas de humilde condición, ya de ilustración no común! ¡Qué deliciosos días pasaron en los toledanos cigarrales, por los primeros años del siglo XVII,



nuestro desgraciado Baltasar Eliseo de Medinilla, nunca bastante llorado, vate *muerto á manos de quien menos debiera;* el maestro Tirso de Molina; el gran Lope de Vega, admiración de propios y extraños; el Conde de Mora; el aún leído con agrado jurisconsulto Jerónimo de Cevallos; el doctoral D. Tomás Tamayo de Vargas, y tantos otros cuya enumeración sería prolija!

* * *

De todo el esplendente pasado de los *cigarrales,* sólo queda el recuerdo en las páginas amarillentas de los viejos libros, en las poesías de los que de tales placeres disfrutaron, en algunas tradiciones no olvidadas por el pueblo. En la actualidad, quedan únicamente las bellezas naturales, las hermosas vistas, los indescriptibles panoramas, es decir, aquello que no puede desaparecer, porque es debido á su propia esencia; lo demás, lo que en los *cigarrales* puso la mano del hombre, ya generalmente no existe.

A los espléndidos jardines, cuya detallada descripción con vivos colores nos

hacen Medinilla, Lope de Vega, Tirso de Molina y tantos otros, han sucedido la pelada roca, sin apenas cultivo, donde crecen raquíticos y miserables algunos almendros, albaricoqueros y olivos. A las casas artísticamente aderezadas, ha sucedido la humilde morada del cigarralero. Las grandes, artísticas y fastuosas fiestas que en los *cigarrales* se celebran, han quedado reducidas á alguna que otra merienda, motivo para pasar la tarde entre bostezos, mirando una vez más el horizonte que se divisa á lo lejos. El sonido de musicales instrumentos se ha reemplazado por la monótona canturria, chabacana y grosera del vulgo de las ciudades modernas, á los delicados gustos de los hombres de otro tiempo, han sucedido los bajos gustos del *burgués*.

## XI

Los alrededores de la vieja *Puerta del Cambrón* (1) veíanse ocupados por animados grupos. Comentábase en ellos, á su manera y en distintos tonos, un suceso de alta importancia que, desde días antes, preocupaba, muy justamente, por cierto, á los habitantes de todas clases y religiones que existían en Tolaitola: de un momento á otro esperaban divisar por

(1) En el sitio que ocupa la puerta de este nombre, existía desde el tiempo de los godos otra con igual denominación. La actual fué edificada en 1576 sobre el mismo sitio, dedicándose á Santa Leocadia.